

## CARLOS SALVADOR O LA LITERATURA CON SEGUNDA ALMA

JUAN JOSÉ DELGADO

Probablemente hayan visto la película *El show de Truman*. Truman aparecía en pantalla como el personaje de un popular programa de televisión. Pero él lo ignoraba. Desconocía que el pueblo en donde estaba viviendo era un plató, que su vida caminaba por un escenario y que toda una comunidad se dedicaba a falsificar su comportamiento las veinticuatro horas del día; una comunidad que, ella sí, estaba sobre aviso, era cómplice del secreto y se prestaba al manejo de la vida de Truman. El mundo de afuera, los telespectadores de todo el Planeta se mantenían expectantes ante aquel espectáculo que ya duraba treinta años. Un día nuestro héroe descubre el tinglado; y a partir de ahí se niega a participar en una historia que no es suya, aunque sea él, precisamente, quien la está protagonizando. Esta semana, en un periódico, ha saltado con toda la naturalidad del mundo una noticia. De ser cierta, en Alemania se va a crear un show televisivo análogo. Pero ya no será una obra del cine; será una realidad real, pura y dura. Parece que lo van a denominar El Gran Hermano Eterno. La gracia y lo sorprendente del caso lo marca ese calificativo final: eterno. Porque quien estampe su firma en el contrato queda obligado a vivir el resto de su existencia en un espacio reducido y perseguido por los ojos del Gran Hermano. Su vida se convertirá en una suma de momentos públicos, sin derecho a privacidad ni intimidad alguna. Nacer, desarrollarse, reproducirse y morir; todo el ciclo vital se consumará dentro de una caja tonta.

Hemos venido a presentar tres libros de Carlos Salvador; tres libros que son en realidad tres afluentes que van a dar al río de su peculiar literatura. Uno de los libros hace de su corriente un pequeño caudal de poemas: se titula *Duelo del extranjero ilimitable*; en otra de las publicaciones queda embalsada una buena cantidad de aforismos, esas breves sentencias o chispas de ideas o expresiones con las que el autor pretende condensar, informalmente, su filosofía de la vida; esas formas, esos trozos de pensamiento se recogen en el título *Dioses para cinco minutos*. Carlos Salvador también trabaja, por otra parte, el relato; y nos ofrece media docena de cuentos, a los que le siguen un conjunto de ensayos; en definitiva que, cuentos y ensayos, se ponen bajo la cubierta de ese otro excelente libro, *Retrato de un viejo prematuro*. Son pues tres o cuatro ramales distintos para un mismo árbol literario. Porque ya sea por la senda del cuento o del ensayo, ya sea por la de los aforismos o la de los poemas, cada lector desembocará en un punto en el que se descubre a un escritor que vive a mil las vivísimas sensaciones que le procuran su quehacer literario.

No se ha olvidado esta página que atrás quedó un Truman que deseaba huir de una escena pública en donde habían enclaustrado y condenado su vida. Si vino a cuento, vino para acercarnos al Carlos Salvador que pudo verse, no hace mucho, por las calles de la villa sureña de Guía de Isora, y que entraba y salía, de acuerdo a un horario, por la puerta de la biblioteca municipal donde trabajaba. (Me lo imagino feliz y atando todos los cabos, pensando en qué hacer con un espacio que es guardián de tantísimos secretos; me lo imagino pensando qué tipo de conocimientos poner en ese o en aquel otro anaquel del mueble; me lo imagino pensando en los usuarios de la biblioteca: quiénes son, cuántos vienen o vendrán mañana, qué edades caminan por los espacios del libro para abastecerse de las reservas de sabiduría que en ellos se atesoran).

Acaso alguien de Guía de Isora, de La Laguna o La Guancha lo recuerde. Si así fuera dejó en el tiempo una imagen: su imagen pública. Se da por supuesto que la persona que se muestra en el territorio de lo público puede prolongarse entera, sin cambiar lo más mínimo, cuando pasa a los espacios privados. Hay, sin embargo, un umbral que separa el espacio común del espacio privado. Sus padres, Aurora y Salvador, podrían expresar si sí ocurría, o no ocurría un cambio de perfil en Carlos Salvador cuando éste pasaba a formar parte del entrañable ámbito doméstico y familiar. Y aún se podría hacer, sobre este punto, más observaciones. Como, por ejemplo, la de apuntar también la idea de que entre la vida privada y la íntima no es que haya umbrales, es que se levantan fenomenales muros infranqueables que impiden entrar en esas zonas secretísimas de la vida. Ni los de nuestra propia casa podrían suponer lo que sucede en las honduras de nuestra existencia.

Carlos Salvador no quiere trato íntimo alguno con los códigos que una sociedad ha declarado como de obligado cumplimiento para todos. Es un rebelde no sé, si con causa o sin causa, aunque sí puedo sospecharle una rebelión con todo aquello que apunte que la vida debe ser construida desde afuera y por los demás. Aquel Truman del principio necesitó treinta años (toda una histórica guerra) para llegar a la decisión de que su vida sólo podía tenerle a él como dueño. Carlos Salvador no necesitó tanto tiempo, acaso porque comprendió muy tempranamente demasiadas cosas. De ahí ese retrato en el que se brinda como un personaje prematuramente viejo.

Los libros de Carlos Salvador, antes que valer como muestras de un retrato autobiográfico, pretenden levantarse como la imagen de un personaje literario apeteído por él para vivir, desde la escritura, unos momentos que la vida habitual no puede proporcionarle. Este deseo es fundamental pues debe decidir cuánto de él pone en el mundo ordinario de la vida y cuánto en el del fingido espacio de la literatura. En su caso, la balanza se inclina sensiblemente hacia el lado del mundo de la escritura.

Y es esta escritura la que le facilita no sólo un retrato físico y moral, sino también una nueva alma. Porque Carlos Salvador, consciente o inconscientemente, entra en el linaje de los escritores que entienden que la auténtica verdad (que es la verdad que más se siente) se dibuja siempre mejor en las páginas de una obra literaria. La literatura le concede una segunda alma, que es precisamente el alma que está buscando y que no encuentra en ninguno de los rincones o plazas por donde transcurre la existencia normal y cotidiana. Entiende que no hay auténtica vida si en ella no se consigue un realce vital. En la sociedad enferma contemporánea se acuna la desesperanza; la literatura es una llamada que despierta mente, cuerpo y espíritu. Y Carlos Salvador responde a esa llamada, quise decir, que atiende a su vocación de escritor.

Busca una escritura que quiere ser creadora. Quiere crear, por ejemplo, al mismísimo Dios; o quiere crearse mismísimamente a él mismo (interesa la redundancia), o crea un mundo nuevo y relaciones y situaciones insólitas con ese mundo. Como toda creación que se tenga por bien nacida, los dioses, el mundo o los personajes creados duran lo que dura esa operación que -ya habrán adivinado- es de naturaleza literaria. En efecto, Carlos Salvador hace un Dios -dice él- que valga para cinco minutos. Cinco minutos es aquí una medida de tiempo simbólica y muy recurrente en los tres libros. Significa que un pensamiento cuando se vive y se siente con la máxima intensidad cobra cuerpo durante y sólo ese limitadísimo tiempo: *Dioses para cinco minutos* como titula a uno de sus libros.

A Carlos Salvador le dejó dicho Nietzsche -y se encargó bien él de apuntarlo- que "la verdad no es más que cualquier ilusión que supone un realce para la vida". Ésa es la literatura que practica. Esa, la función que le encomienda a su quehacer literario. Realzar y expandir la realidad. Si no, para qué el esfuerzo de la creación.

Hacerse personaje literario no es fácil. Tiene que darle vida a un supuesto ser que, en principio, desconocemos. Pues se parte de un vacío que hay que llenar con conocimiento y sentimiento y, también, con nivel literario pues, si no, un mal viento puede arrancar y enriscar cualquier libro.

Se parte de la nada pues, si no, no hay creación que valga. El escritor tiene que asumir estas posiciones incómodas que lo sitúan delante de una página en blanco que, a veces, es como si se estuviera delante de un abismo. Ramón Gómez de la Serna, quien también se privaba con los aforismos, escribió: "Nos desconocemos a nosotros mismos, porque nosotros mismo estamos detrás de nosotros mismos". Así que Carlos Salvador pone distancia consigo mismo, hasta el punto de que puede parecer un exiliado del mundo, como lo fuera Cesare Pavese, escritor en el que puso muchas complacencias.

Pero ese hombre que se separa del mundo, lo hace, curiosamente, para encontrar un otro mundo. Sin distanciamiento no habría lugar para un efectivo y luminoso encuentro. Ese otro mundo que descubre no es una mera reproducción del de todos los días. Debe ser paisaje nuevo, territorio desusado y hecho a su medida y capricho (recuerden los cinco minutos); es una creación que se halla fuera de la historia pero que no tiene por qué sentirse huérfana puesto que ha sido adoptada por la literatura. Crea su propio espacio literario y hasta le pone nombre: El Tíbet, trasunto del encimado, recoleto y nuboso pueblo de La Guancha. Carlos Salvador se exilia del mundo público y privado para desembarcar en un mundo íntimo y literario

al que mitifica. Para ello retorna al origen, a su pueblo de origen en donde aún detecta vestigios de una naturaleza y de un paisaje moral que por lo pronto no han sido mancillados.

El personaje literario que nos propone lo va escribiendo a medida que avanza hacia su ser más íntimo y profundo. Así es cómo él quiere que se construya una existencia que está en esa otra parte de la escritura. Así es cómo intenta vivir: escribiendo una vida que él confía se acerque a la verdadera. Porque, cuando la vida no se vive de manera auténtica, ocurre que las horas son horas perdidas, que las estaciones huyen de nosotros y que los años acaban malográndose. Carlos Salvador nos ha confesado con estos libros la preferencia por esos preñadísimos y vitales cinco minutos.